

Leer el Quijote hoy

Jesús M.^a Vallarino *

«En pocas cosas se muestra más de relieve que en lo que con el *Quijote* ocurre en España la tristísima decadencia de nuestro espíritu nacional. Se ha podido decir, con toda justicia, que no es España la nación en que más se conoce el *Quijote*, y puede añadirse que no es aquella en que mejor se le conoce. Todo el mundo se harta aquí de repetir que el *Quijote* es la primera obra literaria española, acaso la única que tenga asegurado su puesto en el caudal escaso de las obras verdaderamente universales. Mas con todo y con esto, puede asegurarse que es España una de las naciones en que menos se lee el *Quijote*, y desde luego es aquella en que peor se le lee. Estoy harto de oír a españoles que no han podido resistir la lectura de nuestro libro, del que debería ser una a modo de Biblia nacional; son muchos los que me han asegurado no haber podido nunca dar remate a su lectura, habiéndolo empezado varias veces, y más de uno me ha confesado que sólo lo conoce a trozos y salteado. Y esto ocurre con españoles que pasan por cultos y hasta aficionados a la lectura.»

Miguel de UNAMUNO

HAN transcurrido ya ochenta y siete años desde que se escribió este texto. ¿Conserva hoy la misma actuali-

* Escritor. Colegio Ntra. Sra. del Recuerdo (Chamartín). Madrid.

dad? De entonces acá el panorama cultural español ha experimentado un indudable progreso. Particularmente, se ha ampliado el ámbito de la enseñanza, al incrementarse el acceso de clases populares a los centros docentes. La difusión de libros, revistas y prensa en general ha alcanzado un volumen considerable. Y sin embargo, el texto de Unamuno sigue siendo actual, por más que sea hoy menor la dimensión de las sombras que él entonces percibió. Porque el *Quijote* se ha integrado en el Bachillerato, lo que ha propiciado la multiplicidad de ediciones, más o menos bien presentadas, generalmente con precios asequibles. Por otra parte, el cine y la televisión han contribuido a popularizar el tema. Particularmente, la reciente versión televisiva ha logrado ampliar el contingente de españoles conocedores del argumento quijotesco. Versión, por cierto, digna y técnicamente encomiable en cuanto se refiere a imagen, sonido, música y efectos especiales; no tan convincente en lo que toca al ritmo (con frecuencia excesivamente lento, «estirando» imágenes y encuadres, sobre todo de la campaña manchega) y a la interpretación oral y gestual (algún indebido énfasis histriónico y dinamismo cómico desvirtuador de la humanidad del personaje). Pero, en fin, una muy notable y positiva contribución a que los españoles se acerquen a la novela inmortal y se despierte en muchos el deseo de leerla. Entonces, ¿llegará a ser la Biblia nacional que preconizaba Unamuno? Por desgracia, no parece que llegará a tanto. En primer lugar, porque hoy día las «Biblias nacionales» sólo alcanzan cierta inflación en algunos países de Europa, Oriente Medio y África; la nación española, por lo que se ve, se halla en claro declive deflacionista.

Hasta hubo, hace algunos años, un alcalde vizcaíno que arrebató a Cervantes la titulación de una calle; todo, porque Cervantes puso en ridículo al vizcaíno en su famoso lance con Don Quijote. El tal alcalde demostró, por cierto, no sólo la esquizofrénica audacia de escarnecer a un genio universalmente reconocido, sino ignorancia supina sobre la personalidad de Cervantes, que en varias ocasiones se deshizo en alabanzas a los vizcaínos; en el *Quijote* mismo, por boca de Sancho Panza gobernador, en diálogo con su secretario (Parte 2.^a, capítulo 47).

En segundo lugar, prescindiendo del menor interés «bíblico» patriótico, está la dificultad intrínseca de la lectura del *Quijote* en sectores bastante extensos de la población actual española. Es, en realidad, un texto antiguo, que requiere, como mínimo, una lectura reposada y un conocimiento del vocabulario y modismos lingüísticos, sin contar con las cuantiosas referencias históricas, culturales y políticas de la época. Por tanto,

para los lectores primerizos o casi primerizos sería conveniente comenzar con alguna edición abreviada, como la muy recomendable «Aproximación al Quijote», de Martín de Riquer (RTV, n.º 49). Y en cualquier caso, procurar no leer «de un tirón», sino por partes, con cierta lentitud y distensión de ánimo.

Para lectores de cultura media, estudiantes de bachillerato y universitarios, lo mejor es que aborden la lectura del texto completo, pero no sin antes proveerse de la indispensable motivación *personal interna*: no por el argumento extrínseco de que «hay que leerlo, porque es una obra genial, universalmente reconocida, e ineludible para una persona culta»; como si fuera cumplir con un trámite para los demás: «Ya lo he leído». No. Motivación *interna*: «Me va a hacer mucho bien y sé que acabará gustándome, como a tantos otros que la comenzaron a leer tan desganados como yo y terminaron entusiastas «quijotistas».

Con el fin de conquistar una inicial motivación interna, será oportuno desentrañar algunos pasajes del *Quijote* con interpretaciones sugerentes que ponen de manifiesto la ideología viviente y siempre actual de Cervantes.

No hay derecho

LA corrupción también flotaba en el ambiente del siglo XVII. Y en el *Quijote* aparece pronto, en el capítulo 22 de la 1.^a Parte: «Aventura de los galeotes». Por la carretera de Andalucía, van doce hombres a pie, encadenados y esposados, con la escolta que los custodiaba hasta su triste destino, las galeras. Don Quijote, compadecido del espectáculo, detiene la comitiva y va preguntando a cada uno cuál fue la causa de su condena. Uno de ellos le responde con cierto ingenioso cinismo:

—Yo voy por cinco años a las señoras gurapas [galeras] por faltarme diez ducados.

—Yo daré veinte de muy buena gana —dijo don Quijote— por libraros de esa pesadumbre.

Remedio tardío para el galeote, que responde:

—...si a su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera *untado* [sobornado] la *péndola* [pluma] del escribano, y *avivado el ingenio* del procurador, de manera que hoy me viera en mitad del plaza de Zocodover, de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande; paciencia..., y basta.

Sí, Dios es grande. Por eso don Quijote, después de haber interrogado a los galeotes, concluye:

—De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, *aunque os han castigado por vuestras culpas [...]*, podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros de éste, el poco favor del otro, y, finalmente, EL TORCIDO JUICIO DEL JUEZ hubiese sido causa de vuestra perdición y de *no haber salido con la justicia* que de vuestra parte teníades.

Aquí don Quijote reconoce dos clases de justicia: la justicia legal, humana, y la justicia ideal o trascendental. Justicia legal, porque los galeotes son culpables y merecedores del castigo; justicia ideal, que se superpone a la legal, ante las irregularidades que hicieron inaceptable el juicio humano. Esta justicia ideal es la que llevamos en el corazón todos los españoles cuando decimos «no hay derecho». Porque la justicia auténtica debe aplicarse sin favoritismos ni discriminaciones, ni agravios comparativos. Justicia para todos, o para ninguno. Pues «no hay derecho» que unos vayan a la cárcel por falta de dinero, mientras otros, con delitos más graves, se zafan de la prisión por dinero o por influencias. Justicia ideal que, por cierto, tampoco existe en los modernos códigos, cuando un gran estafador se libra de ir a la cárcel aportando la fianza, mientras el ladronzuelo sin recursos no puede evitar verse entre rejas. La justicia ideal se identifica con el concepto de equidad: «Justicia natural por oposición a la letra de la ley positiva».

Que la resolución de don Quijote, de poner inmediatamente en libertad a los galeotes, fuera descabellada, no quita el peso de sus razones en pro de la justicia real. Y no se olvide que detrás de don Quijote está Cervantes, que empleó, con lentitud y minuciosidad, varias páginas para desahogar su indignación ante las injusticias y su compasión hacia los marginados.

Dulcinea, irrealdad consciente

PARA los no iniciados o para los lectores superficiales, don Quijote era casi un loco de atar. En realidad, no fue más que un paranoico, alienado con la idea obsesionante de la caballería andante, pero gozando de momentos sumamente lúcidos. Con frecuencia, incluso, era consciente de que sus ficciones carecían de base real. Torrente Ballester (cuya calidad de crítico literario, para muchos llega a

superar todavía a la de novelista) lo ha expresado copiosa y magistralmente en su libro «El Quijote como juego» (Edic. Guadarrama, 1975). Según él, don Quijote actúa «como los niños cuando juegan»:

«No a los que poseen el juguete imitación de lo real (el tren eléctrico, la muñeca meona, el caballo), pues juegan condicionados por el juguete mismo, cuya sola presencia merma o anula las facultades creadoras del niño [...]. El niño sin juguete, el que se ve obligado a inventarlo en una verdadera operación de *bricolage*, actúa como don Quijote: el más leve y lejano parecido le sirve para transmutar lo real y crear así el mundo en que puede jugar. Señala la silla y decreta: “Esto es el barco y yo soy el capitán”. Y, en tanto dura el juego, la silla es barco y el niño es capitán: y aunque el niño sabe que se trata de una convención [...], se irrita cuando alguien no acepta lo convenido y niega la condición de barco a la silla y de capitán al niño.»

La validez de este enfoque se confirma en el análisis de un texto del Capítulo 25 de la 1.^a Parte, donde don Quijote le explica a Sancho quién sea para él la persona de Dulcinea (los subrayados son de Torrente):

«Así que, Sancho, por [para] *lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso*, tanto vale [Aldonza] como la más alta princesa de la tierra. Si, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos a su albedrío les ponen, es *verdad que las tienen* (...). No por cierto, sino que las más se las fingen para dar sujeto a sus versos, y porque *les tengan por enamorados* y por hombres que tienen valor para serlo. Y, así, bástame a mí pensar que la buena de Aldonza Lorenzo es buena y honesta; y en lo del linaje, importa poco, que no han de hacer información dél para darle un hábito, y yo *me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo* [...]. Y, para concluir con todo, yo *imagino que todo lo que digo es así*, y píntola en mi imaginación como la deseo...»

Así que, desde el principio, don Quijote confiesa a su escudero la ficción de su ideal más íntimo; paso importante hacia la amistad que paulatinamente irá creciendo entre ambos.

En otros varios episodios, cuando la realidad concreta no le ofrece posibilidades de transmutarla en materia caballeresca, don Quijote acepta lo único real perceptible. Un ejemplo: como no hay bálsamo de Fierabrás para su oreja dolorida, acepta la cura rural de hojas de romero mascadas por un cabrero y mezcladas con aceite (1.^a Parte. Capítulos 10-11).

En suma: cuando se hace imposible «jugar», don Quijote «se apea» a la realidad.

Dimitir a tiempo

AQUÍ los españoles de ahora echamos de menos a Sancho Panza. Por obra y gracia de unos duques burlones, él

llegó a ser gobernador. En la rebelión que tramaron contra él, Sancho quedó molido a golpes, pero vencedor de los asaltantes a la ínsula (Parte 2.^a, Cap. 53). Y entonces sucedió lo que los duques no esperaban: la dimisión. Pese a haber disfrutado de una ilusión durante tanto tiempo acariciada, Sancho renuncia a ser gobernador. En ademán tragicómico, se dirige al rucio, le abraza y le besa en la frente, y llorando le dice:

—«[...] después que os dejé, y me subí a las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos».

Después se dirige a los presentes:

—«[...] digan al Duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen decir los gobernantes de otras ínsulas».

Son bastantes los políticos españoles (y no españoles) que, subidos «a las torres de la ambición y de la soberbia», han experimentado lo mismo. Algunos, incluso forman parte de los gobernantes «de otras ínsulas», que abusaron del cargo para enriquecerse y no salieron «sin blanca». Pero no proceden con la honradez de Sancho Panza. No dimiten. A veces tienen que destituirlos de mala manera, más o menos encubierta.

La sana y fina ironía de Cervantes alcanza su cota máxima en los capítulos del gobierno en la ínsula Barataria. Indirectamente, por medio de los consejos de don Quijote y del éxito en la resolución de los casos peliagudos que le presentaron a Sancho Panza, va implícita la lección cervantina a los políticos de su tiempo. Para gobernar bien, sólo hace falta humildad, sentido común, honradez y buena educación.

Dejando ya el gobierno, Sancho sufre un accidente al caer en una sima, de la que no puede salir. Casualmente pasó don Quijote cerca y pudo salvarle. Pretendido o no por Cervantes, imagnífico simbolismo! El gobernante, que ha gozado de autoridad y popularidad, al cesar en su cargo, cae en la sima del olvido; pero hay alguien que no le olvida y le salva: su amigo.

Protoastronautas

LOS duques bromistas inducen a Sancho y don Quijote a montar en Clavileño, caballo de madera, para volar

por los aires (2.^a Parte, Cap. 41). Tapados los ojos, emprenden el «viaje espacial», fingido por las voces de los presentes y trucos pirotécnicos. Después de descabalgados de mala manera, requerido Sancho por la Duquesa a relatar lo que había visto, supera a don Quijote en alardes de imaginación: ha sobrevolado por paisajes fantásticos. Don Quijote aquí es escéptico; y abordando a Sancho, le dice al oído:

—«Sancho, pues vos queréis que os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más».

Implicítamente, don Quijote confiesa aquí lo que fueron las maravillas que contempló en su aventura espeleológica: puro juego.

¿Biblia nacional?

EN los países de la vieja Europa nunca se ha descuidado el estudio de sus máximas cimas literarias. Molière en Francia, Shakespeare en Inglaterra, Dante en Italia, Goethe en Alemania, a través de todas las generaciones, han gozado siempre de un puesto preferente en los planes de estudios medios y superiores. En España lamentablemente, no es así. En el plan actual de Bachillerato Unificado, al haber introducido asignaturas optativas, hay alumnos que no cursan la Literatura. Y aun los que la cursan, dada la densidad de materia de la programación, dedican un tiempo insuficiente al estudio del *Quijote*. El resultado es que gran parte de españoles que llegan a poseer un apreciable nivel cultural sólo conocen superficialmente, o incluso prácticamente desconocen, nuestra primera obra literaria, cuya categoría ha logrado escalar la máxima altura en el podio universal. Aun concediendo lo que hay de hiperbólico en la expresión metafórica, sería de desear que los gobernantes españoles responsables de la educación acogieran el deseo unamuniano: *El Quijote*, Biblia nacional. Al menos, para no quedar en ridícula inferioridad con los demás países de la Comunidad Europea.

Para ir superando esta precaria situación actual, es recomendable fomentar lo más posible la lectura personal del *Quijote* y de sus comentaristas más cualificados. Como la bibliografía cervantina es innumerable, lo más práctico para los que no la hayan abordado es recomendar solamente, por el momento, un insigne comentador: Miguel de Unamuno. Con él se abrían estas páginas, y con él se van a cerrar. Pese a sus frecuentes

paradojas, a sus curiosas contradicciones, a su desbordante subjetividad y a su escasa simpatía por Cervantes, es uno de los comentaristas que más ha penetrado en el espíritu del quijotismo, y acierta a contagiar a cualquier lector con la originalidad de su pensamiento, su ardoroso entusiasmo y su agresiva sinceridad. En muchos de sus ensayos inserta temas quijotescos. Pero el más completo y el más recomendable para el público lector es «La vida de don Quijote y Sancho».

Viene a la medida, como colofón de este pequeño ensayo, el interrogante de Unamuno:

«¿Lucirán en España mejores días para don Quijote y Sancho? ¿Serán mejor comprendidos?».